

Mónica Mancero y Rafael Polo,  
compiladores

# Ciencia, política y poder

## Debates contemporáneos desde Ecuador



---

Ciencia, política y poder. Debates contemporáneos desde Ecuador / compilado por Mónica Mancero y Rafael Polo .- Quito: FLACSO, Sede Ecuador, 2010. (Cuadernos de Trabajo)

413 p.

ISBN : 978-9978-67-225-9

POLÍTICA; GÉNERO; MOVIMIENTOS SOCIALES; ESTADO; NACIÓN; PODER;  
GOBERNANZA

320 - CDD

---

© De la presente edición:

**FLACSO, Sede Ecuador**

La Pradera E7-174 y Diego de Almagro

Quito-Ecuador

Telf.: (593-2) 323 8888

Fax: (593-2) 3237960

[www.flacso.org.ec](http://www.flacso.org.ec)

**CONESUP**

Whimper E7-37 y Alpallana

Quito-Ecuador

Telf.: (593-2) 2505-656

Fax: (593-2) 2563-685

[www.conesup.net](http://www.conesup.net)

ISBN: 978-9978-67-225-9

Cuidado de la edición: Paulina Torres

Diseño de portada e interiores: Antonio Mena

Imprenta: Crearimagen

Quito, Ecuador, 2010

1ª. edición: enero 2010

# Índice

|  |     |
|--|-----|
| <b>Presentación</b> .....  | 7   |
| <b>Introducción</b>  |     |
| <b>Las paradojas de la actualización</b> .....   | 9   |
| Eduardo Kingman Garcés   |     |
| DEBATES EPISTEMOLÓGICOS  |     |
| <b>Campo de visibilidad y producción de narrativas</b> .....   | 17  |
| Rafael Polo Bonilla  |     |
| <b>Ciencias naturales e imperio</b> .....  | 47  |
| Elisa Sevilla  |     |
| <b>Acerca del análisis del discurso en<br/>contextos de antagonismo social</b> .....                                     | 71  |
| Andrés Ortiz   |     |
| <b>Origen, desarrollo de los estudios de Ciencia, Tecnología<br/>y Sociedad y su perspectiva en América Latina</b> ..... | 103 |
| Javier Jiménez Becerra   |     |

DEBATES POLÍTICOS

**Género y política: el concepto de emancipación dentro de la teoría feminista, sus límites y sus posibilidades de uso . . . . .** 133  
Alba Di Filippo

**Las principales teorías sobre los movimientos sociales y su aproximación al estudio de los movimientos indígenas en América Latina y en el Ecuador . . . . .** 161  
Luis Alberto Tuaza Castro

**Historia, cultura y política: espacios cotidianos y religiosidad . . . . .** 195  
Mireya Salgado Gómez

**La formación ciudadana . . . . .** 235  
Juan Carlos Valarezo

DEBATES SOBRE EL ESTADO Y LA GLOBALIZACIÓN

**Estado-Nación y Región . . . . .** 261  
Mónica Mancero Acosta

**Territorio, Estado y Nación . . . . .** 307  
Ana Sevilla

**La construcción de sustentabilidad ambiental como un tema de gobernanza . . . . .** 335  
Paúl Cisneros

**Crítica contemporánea a la forma Estado: entre el poder policial y el dispositivo de guerra . . . . .** 365  
Sandro Jiménez-Ocampo

**Sobre las autoras y los autores . . . . .** 411

Debates  
epistemológicos

# Campo de visibilidad y producción de narrativas

Rafael Polo Bonilla\*

En este trabajo nos proponemos realizar una exposición de las principales líneas de trabajo sobre historia del pensamiento, entendida como producción de narrativas, desde una perspectiva distinta a la historia-de-las-ideas. No preguntamos, por tanto, qué ‘quiso decir un autor’, sino que partimos de la configuración específica de las prácticas discursivas que hacen posible la aparición de objetos del saber. La distinción de estas dos perspectivas generales nos sitúa en dos modos distintos de encarar la producción de narrativas, esto es el apareamiento de ‘objetos-del-saber’ y de sus tejidos específicos, de las comprensiones que abren y de las clasificaciones que permiten en un mundo histórico-social específico.

## I

Los objetos del saber emergen al interior de los regímenes de pensamiento, en el campo del orden del saber, que forman parte de lo que Rancière ha identificado como repartición de lo sensible. Esto es, una configuración específica de ver, de hacer, de sentir, de asignar los espacios y las funciones que van a ocupar ‘los individuos’, un lenguaje de producción enunciativa y de formas de identificación social y estatal. Esta configuración, por tanto, no se reduce a una dimensión estatal sino que se tiene

---

\* Agradezco a Andrés Guerrero por su contribución crítica en la elaboración de este trabajo.

con un horizonte histórico de inteligibilidad y de visibilidad. Lo esencial de esta configuración es “la ley generalmente implícita que define las formas del tener-parte definiendo primero los modos perceptivos en los cuales se inscribe”<sup>1</sup> (Rancière, 2006: 70). Los objetos del saber como aquello que identifica, y produce, los modos perceptivos. Estos ‘objetos del saber’ no surgen solamente para dar cuenta de la realidad fenoménica, sino que ellos mismos son invención contingente, que emergen al interior de un régimen específico de identificación y de pensamiento y que proveen de un horizonte de sentido al mundo de las prácticas sociales. No olvidemos que todos los enunciados, ya sean políticos, históricos o literarios poseen un efecto, realizan una intervención, o la hacen posible, en lo real. Los enunciados objetivan lo visible y lo enunciable, dan cuenta de las relaciones entre el ver, decir y el hacer. Por tanto, no existe un mundo histórico por fuera de los enunciados que lo hacen visible (Deleuze, 1998: 76 Foucault, 1995).

La emergencia de un ‘objeto del saber’ surge en medio de una querrela y disputa acerca de su legitimidad en el interior de un campo de lo visible. Estos objetos no son pre-existentes a la práctica discursiva que los enuncia, describe y explica. La aparición de los ‘objetos de saber’ implica una crítica y ruptura con un campo de visibilidad hegemónico, con sus lógicas institucionales y sus juegos de reconocimiento, con sus lenguajes y sus formas de enunciación. No es una ruptura con el campo de la ideología, como lo sugiriera Althusser (1988) (Derrida, Roudinesco, 2003), sino con un régimen del pensamiento y de verdad. Esto hace que los ‘objetos del saber’ se inventen en determinaciones específicas y que se encuentren atravesadas por la polémica y la disputa de su ‘objeto de estudio’. Hacer la historia del pensamiento, desde esta perspectiva, significa situar los regímenes de pensamiento en los que se producen los acontecimientos de aparición de saberes, sin reducirlos a la genialidad de un ‘autor’,

---

1 Es importante no olvidar que la contraposición propuesta por Rancière entre policía y política se efectúa al interior de la repartición de lo visible, “la policía es primeramente un orden de los cuerpos que define las divisiones entre los modos del hacer, los modos de ser y los modos de decir, que hace que tales cuerpos sean asignados por sus nombres a tal lugar y a tal tarea; es un orden de lo visible y de lo decible que hace que tal actividad sea visible y que tal otra no lo sea, que tal palabra sea entendida como perteneciente al discurso y tal otra al ruido” (1996: 44).

sino situar el “campo epistemológico” que lo hace posible. Es un trabajo para dar cuenta de lo que Rancière ha llamado la “revolución de las estructuras poéticas del saber” (1993), esto es la modificación de los saberes y, con ellos, del campo de visibilidad.

La crítica a la historia-de-las-ideas se ha efectuado desde distintas posiciones. Foucault, por ejemplo, en *La Arqueología del saber* propone al trabajo arqueológico como una alternativa a la historia de las ideas. Ésta, dice Foucault, se encuentra inscrita en una filosofía de la conciencia<sup>2</sup> en la que el conocimiento fue entendido como un proceso de acumulación, y de perfeccionamiento constante en base a la rectificación de los errores. La historia de las ideas se ocuparía de los orígenes y de los fines, de las continuidades en un comprensión lineal de la historia del conocimiento, “génesis, continuidad y totalización: éstos son los grandes temas de la historia de las ideas” (Foucault, 2002: 232), cuyo eje de articulación es el sujeto soberano de conciencia.

Por su parte Derrida, en *De la Gramatología*, nos propone la deconstrucción como una lectura que escapa a la historia tradicional de las ideas a partir del concepto de escritura, en una deconstrucción del logocentrismo. Este ha considerado que “...la escritura, la letra, la inscripción sensible, siempre fueron consideradas por la tradición occidental como el cuerpo y la materia exteriores al espíritu, al aliento, al verbo y al logos...” (Derrida, 2003: 46), donde se privilegió la conciencia, la voz, el sujeto, como el lugar de la presencia del ser. El desplazamiento propuesto por Derrida es ir del sujeto soberano de la conciencia, instituido como un centro y unidad del pensamiento, a la escritura, “antes de ser su objeto, la escritura es la condición de la *episteme*” (2003: 37), donde todo signo sólo es inteligible por inscribirse en un régimen de escritura específico.

Ambos autores coinciden en la urgencia de desprenderse de las categorías que mantienen vigente al sujeto soberano de la conciencia como

---

2 “... la historia continúa, es la condición indispensable de la función fundadora del sujeto [...] Hacer el análisis histórico el discurso del contenido y hacer de la conciencia humana el sujeto originario de todo devenir y de toda práctica son las dos caras de un sistema de pensamiento. El tiempo se concibe en él en términos de totalización y las revoluciones no son jamás en él otra cosa que tomas de conciencia” (Foucault, 2002: 20-21).

centro desde el que se narra la aparición de los ‘objetos del saber’<sup>3</sup>. Por su parte, Jacques Rancière comprende la aparición de los ‘objetos del saber’ como objetos litigiosos<sup>4</sup>. Esto es, no se parte de un objeto preexistente, sino que este es una construcción conceptual, sobre la cual hay distintas apuestas teóricas-filosóficas y teóricas-políticas. Hay litigio en la construcción de un objeto del saber, por tanto, del tejido de conceptos con los cuales se lo hace legible, y emerge en la confrontación contra otros regímenes del saber. La producción de las premisas no es un “diálogo” con el objeto, sino una producción de fronteras, por demás siempre móviles, con los otros saberes. La ruptura como la historia-de-las-ideas supuso la aparición de una manera nueva de hacer la historia del pensamiento.

## II

Maurice Blanchot manifiesta que los nombres comunes con los cuales nos referimos los modernos a las cosas, o al pensamiento, por ejemplo cuando decimos noche, lluvia, día, felicidad, no son a las mismas cosas a las que se referían los antiguos griegos, aunque sean las mismas palabras, ya que “no fueron abstraídos de la misma manera” (Blanchot, 1969: 149). La palabra es abstraída y se inscribe en un régimen del pensamiento, esto es al interior de un orden de lo visible y de lo decible. En este sentido, la palabra instituye cierta visibilidad (Blanchot, 1969: 33), una manera de ver y de percibir las cosas, como de significarlas. Por tanto, no existe una

---

3 Foucault cuestiona la noción de autor como el centro desde el cual se cuenta la historia de las ciencias, del pensamiento. No se trata de restituir lo que un autor quiso decir, o digo, sino de localizar “las reglas con las que habían formado un cierto número de conceptos o de conjuntos teóricos que se pueden encontrar en [los] textos” (1999a: 331-332). Para una discusión de esta tesis de Foucault, desde la perspectiva de la historia cultural, puede consultarse Chartier, Roger (2000). Por su parte, Derrida lleva a cabo la deconstrucción de la metafísica de la presencia al efectuar el descentramiento del sujeto (1989).

4 La noción de objeto litigioso Rancière lo elabora en varios de sus trabajos, que va de la política como objeto litigiosa a la construcción de los objetos del saber en el campo de las ciencias humanas. En su trabajo, *El inconsciente estético* (2005) se ocupa del la fundación del psicoanálisis como un objeto-del-saber con la deconstrucción del régimen del pensamiento en el que emerge. El inconsciente no es una palabra inventada por Freud sino que este toma ‘prestada’ al régimen de pensamiento estético del arte.

palabra neutra, sino que al encontrarse inscrita en un orden del pensamiento adquiere cierta perspectiva de visibilidad.

La historia del pensamiento no es la puesta en escena de nombres propios y de los ‘descubrimientos’ que estos realizan, es la historicidad de los conceptos, de las ‘epistemes’, del campo de lo visible que instituyen, de sus usos y prácticas que se genera y de los efectos en la política y en las instituciones que propician. Las positividades, como sugiere Foucault en *Las palabras y las cosas, una arqueología de las ciencias humanas*, emergen al interior de un campo epistemológico que actúa como su campo de posibilidad, donde cada una de las demarcaciones y distinciones que dan como resultado los ‘objetos del saber’, son el resultado de la aplicación de principios contingentes que Foucault denomina a-priori-históricos<sup>5</sup>, esto es, el conjunto de reglas que definen un régimen de objetos. En este sentido, el cómo se construyen los campos de visibilidad puede ser considerado como una manera de hacer la historia del pensamiento<sup>6</sup>. Este no se reduce a ser un catálogo de ideas, comentarios, teorías que los ‘pensadores’, o los trabajadores intelectuales, han efectuado. Lo que se lleva a cabo es la descripción histórica de un trabajo de construcción al interior de un régimen de pensamiento donde se funda un objeto, fundación que es ruptura y discontinuidad con el régimen anterior y la producción de nuevas reglas de producción de enunciados y de verdad.

La visibilidad no es un acto óptico, sino una posibilidad abierta por el régimen del pensamiento, esto es, las reglas desde las cuales un saber produce sus enunciados, sus temáticas, su legibilidad, su manera de operar el conocimiento<sup>7</sup>. Es a lo que se refiere Rancière cuando discute la oposición

---

5 “Es evidente que tal análisis no dispensa de la historia de las ideas o de las ciencias: es más bien un estudio que se esfuerza por reencontrar aquello que a partir de lo cual ha sido posible conocimientos y teorías; según cual espacio de orden se ha constituido el saber; sobre el fondo de que *a priori* histórico y en qué elemento de positividad han podido aparecer las ideas, constituirse las ciencias, reflexionarse las experiencias en las filosofías, formarse las racionalidades para anularse y desvanecerse quizás pronto” (Foucault, 1985: 7). [énfasis de Foucault].

6 Para Foucault, Los campos de inteligibilidad, o campos de visibilidad, emergen como un lugar de tematización, de puesta en escena por medio del discurso de preocupaciones y, finalmente, de problematización que se efectúa en un campo de poder específico. Al respecto, Foucault (2006: 260).

7 “La condición a la que remite la visibilidad no es, sin embargo, la manera de ver de un sujeto: el sujeto que ve es un emplazamiento en la visibilidad, una función derivada de la visibilidad” Deleuze (1998: 85).

de si la historia es ciencia o literatura, “...el problema no es saber si el historiador debe o no hacer literatura, sino cuál hace...” (1993: 123), esto es, cuáles son los objetos que ha instituido como pensables. La visibilidad, por lo tanto, se encuentra asociada a la aparición de los saberes, que definen un campo de intervención, es decir, el saber como un dispositivo práctico que produce tipos específicos de enunciados y un campo de intervención. El régimen de pensamiento designa lo que se puede ver y decir respecto a un ‘fenómeno’, el cual existe, como comprensión y explicación, solamente en los enunciados y visibilidades que dan cuenta de él y lo describen.

Para continuar con la exposición de la constitución de un campo de visibilidad como formación de saberes específicos expondremos los trabajos llevados a cabo por Jacques Rancière, en los que se preocupa de momentos fundacionales de dos “disciplinas”: la historia y el psicoanálisis. En *El inconsciente estético* (2005), Rancière, se ocupa del “nacimiento” del psicoanálisis. Para llevar a efecto esta tarea rastrea la configuración histórica del pensamiento que le hace posible, al que identifica con el nombre de la “revolución estética”, que marca una transformación en el régimen específico del arte y del pensamiento sobre el arte<sup>8</sup>. En esta configuración es donde se ‘habló’ de inconsciente, donde se duda de la transparencia de las acciones y de las palabras, tanto en la literatura como en el arte, para referirse a la existencia de fuerzas oscuras que gobiernan las conciencias y los deseos. En este terreno es donde Freud toma ‘prestadas’ algunas palabras para convertirles en conceptos teóricos y operativos en la construcción del inconsciente como un objeto específico de un saber que lo interroga, para construir el saber del psicoanálisis. Rancière nos abre de este modo a una comprensión de la historia del pensamiento: hay que ‘leer’ la formación de un saber inscribiéndolo en el orden del pensamiento que lo ha hecho posible. Las palabras y los conceptos sólo tienen sentido si se restituye ese orden, no hacerlo significaría caer en las trampas de una comprensión “biográfi-

---

8 “ ‘Estética’ designa un modo de pensamiento que se despliega a propósito de las cosas del arte y al que le incumbe decir en qué sentido éstas son objeto de pensamiento. De modo más fundamental, es un régimen histórico específico del pensamiento del arte, una idea del pensamiento según la cual las cosas del arte son cosas del pensamiento” (Rancière, 2005: 22).

ca”, esto es explicar el nacimiento del psicoanálisis por la ‘genialidad’ y la ‘sensibilidad’ de Freud.

Los saberes, las disciplinas, emergen en el interior de una querrela de racionalidades que buscan conseguir la legitimidad para dar cuenta de la verdad de un ‘objeto’. La ruptura e instalación de un ‘objeto del saber’ implica la fractura de un horizonte de inteligibilidad y de visibilidad que han permanecido como hegemónicos. Es un acto de ‘hendir las cosas’ (Deleuze) que abre la posibilidad de fisurar un campo de visibilidad. Esto significa llevar a cabo intervenciones con la finalidad de romper con ideas preconcebidas, suposiciones que circulan, con la producción de conceptos y estrategias analíticas, de manera que “...es posible entonces observar en las intervenciones de Freud sobre el terreno artístico una apuesta central: desligar al psicoanálisis de la filosofía que la lógica del inconsciente estético le presta espontáneamente, aflojar el lazo ‘nihilista’ entre arte y síntoma de la civilización”<sup>9</sup> (Rancière, 2005: 11). En otras palabras, a partir de Rancière como también de Foucault<sup>10</sup>, podemos decir que es necesario situar el lugar-campo de pensamiento donde el acontecimiento fundador de un ‘objeto del saber’ es posible. Por tanto, es necesario en la historia del pensamiento realizar una reconstrucción del régimen de pensamiento donde han surgido los saberes y sus ‘objetos’, considerando las relaciones de complicidad y conflicto, los prestamos de palabras y nociones que se realizan para luego transformarlos en conceptos del saber. Freud, según Rancière, toma prestado la noción de inconsciente en una disputa y conflicto permanente con la

---

9 “Pero no se trata simplemente de la influencia de las ideas y los temas de un tiempo, se trata propiamente de una posición en el marco de los sistemas posibles definida por cierta idea del pensamiento y por cierta idea de la escritura. Porque la revolución silenciosa llamada ‘estética’ abre el espacio de elaboración de una idea del pensamiento y de una idea correspondiente de la escritura. Esa idea del pensamiento descansa en una afirmación fundamental: hay pensamiento que no piensa, hay pensamiento que obra no sólo en el elemento extranjero del pensamiento, sino en la forma misma del no-pensamiento. A la inversa, hay no-pensamiento que habita en el pensar y le da una fuerza específica. Ese no-pensamiento no es sólo una forma de ausencia del pensamiento, es la presencia eficaz de su opuesto. Hay, pues, en uno u otro aspecto, una identidad del pensamiento y del no-pensamiento que esta provista de una fuerza específica” (Rancière, 2005: 45-46).

10 Ambos autores heredan las preocupaciones abierta por la epistemología histórica que va de Bachelard a Canguilhem. Al respecto se puede consultar, Gabilondo (1990).

noción de ‘inconsciente estético’ que circuló en el régimen de pensamiento del arte<sup>11</sup>.

En su trabajo sobre *Los nombres de la historia*, Rancière se ocupa de lo que llama la ‘revolución historiadora’<sup>12</sup>, esto es, de la constitución de la historia como una ciencia, la “nueva historia” identificada con la obra de *los annales*. Esta rechaza los acontecimientos por la preeminencia de las estructuras de larga duración, y cuyo protagonista fundamental es F. Braudel, es decir, propone comprender lo que efectuó la “revolución historiadora”, no sólo como una manera de escribir, sino como un espacio de lo pensable, en el que se instituye nuevas maneras de comprender las relaciones con el pasado. Se buscó hacer de la historia una ciencia, para lo cual fue necesario poner en duda la historia tradicional cuyo vértice es un sujeto, al que le suceden las cosas, y los acontecimientos. Fundar la ciencia histórica, significó instituir un nuevo ‘objeto’: la larga duración<sup>13</sup>.

Para explicar este desplazamiento en el objeto, Rancière propone una poética del saber, comprendida como el “estudio del conjunto de procedimientos literarios por medio de los cuales un discurso se sustrae a la literatura, se da un estatuto de ciencia y lo significa. La poética del saber se interesa en las reglas según las cuales un saber se escribe y se lee, se constituye como un género de discurso específico. Trata de definir el modo de verdad al cual se consagra, no de imponerle normas o invalidar su pretensión científica” (Rancière, 1993: 17). No se trata de evaluar su cientificidad, sino de llevar a cabo una descripción de sus modos de operación en la producción de historias, en el orden de la narración, y de situar sus condiciones de posi-

---

11 “Pero Freud opera una selección bien determinada en la configuración del inconsciente estético. Privilegia la primera forma de la palabra muda, la del síntoma que es huella de una historia” (Rancière, 2005: 75).

12 “...de modo que lo propio de la revolución historiadora no es simplemente haber sabido definir los objetos nuevos de la larga duración, de la civilización material y de la vida de las masas y adaptarles los instrumentos nuevos de la lengua de las cifras. Es haber sabido reconocer, en el campo de las sirenas de la era cuentista, la amenaza de su pérdida, el dilema velado detrás de las proposiciones de su cientificación: *o* la historia *o* la ciencia” (Rancière, 1993: 15) [énfasis de Rancière].

13 La escritura de la historia de Braudel es el lugar donde se evidencia el desplazamiento de la historia de los acontecimientos a la historia de la larga duración, “...un desplazamiento de la historia de los reyes a la del mar, entendiendo con ello la historia de los espacios de civilización, de las largas duraciones de la vida de las masas y de las dinámicas del desenvolvimiento económico” (Rancière, 1993: 21).

bilidad de la configuración histórica que le hace posible. La historia pertenece, dice, a la era de la ciencia y de la racionalidad científica y técnica, de las masas y de la democracia. Esto hace que la historia presente un triple contrato: primero, científico, develar las estructuras del orden; segundo, narrativo, componer de una manera la trama y la narración, y tercero, político, contar la historia común. Lo que nos permite plantear una idea de la interpretación de un campo del saber: situar su emergencia de un saber en una configuración histórica del pensamiento que le hace posible.

La emergencia de la 'nueva historia' se realiza al interior de un régimen de pensamiento sobre la historia, al que sin duda fractura, y que le hace posible: la historia de los acontecimientos políticos narrados a partir de lo que hacen los 'grandes hombres', identificados generalmente con los funcionarios del Estado, los cancilleres, generales, etc. Entre las condiciones que hacen posible el nuevo régimen de la escritura histórica se encuentra el "sustraer a las masas a su no-verdad" (Rancière, 1993: 33) el paso del relato al discurso, la destrucción de la primacía de la mimesis<sup>14</sup>, entre otras, que se efectúan en el interior de la escritura de la historia. Rancière se detiene en el momento de la ruptura y fundación de una práctica discursiva, que en el caso de la historia de las 'mentalidades' la localiza en la obra de Michelet, para mostrarnos como se inventan nuevas reglas del saber al mismo tiempo que se inventan nuevos objetos, nuevos conceptos y nuevas estrategias analíticas, "...La cuestión de la forma poética según la cual la historia puede escribirse está ligada, estrictamente, a la del modo de historicidad según la cual sus objetos son pensables" (Rancière, 1993: 124). En otras palabras, los objetos del pensamiento son formaciones discursivas, no la transcripción de 'objetos' que ya estarían formados en espera de su observador y crítico. Por tanto, la verdad de los objetos está determinada por los principios de visibilidad e inteligibilidad que funda un saber determinado<sup>15</sup> y que definen sus prácticas, sus temáticas.

14 "destruir la primacía de la *mimesis* era la exigencia común para que la democracia se sustrajera al reino de la palabra excesiva y para que la historia de la vida profunda de las masas sucediera a la crónica real. Esto es lo que opera el relato fundador" (Rancière, 1993: 67).

15 De este modo califica White, es esfuerzo realizado por Rancière: "Lo que Rancière ha intentado... es revelar 'el inconsciente' del discurso histórico, todo lo que tenía que ser reprimido para poder posibilitar los diferentes tipos específicos de discurso histórico que encontramos en nuestra cultura, en nuestra época" (White, 1996: 198).

## III

Una de las ideas que se encuentran presente en la obra de Rancière es la de préstamo. En la construcción de un objeto del saber se toman prestadas palabras al lenguaje ordinario para dotarles de un contenido conceptual en la construcción de un objeto del pensamiento. Desde esta perspectiva son importantes las formulaciones elaboradas por Mijail Bajtin en su obra *Teoría y estética de la novela*, donde en base a la discusión de la palabra poética, Bajtin, nos propone una comprensión histórica de las posibilidades del lenguaje y de la palabra. Ninguna palabra se encuentra separada de la ideología<sup>16</sup>. La palabra sólo es posible en forma de diálogo, “la palabra concibe su objeto de manera dialogística” (Bajtin, 1991: 97), esto es la palabra se encuentra orientada, no sólo para la significación de la acción, sino que provoca una réplica, ya que anticipa la palabra-respuesta, como sucede en el lenguaje hablado, en el lenguaje vivo<sup>17</sup>. Lo que nos permitiría también comprender la idea de la formación de los objetos del saber como objetos litigiosos, no sólo porque las palabras y las nociones son tomadas en ‘préstamo’ sino que la propia formación de un objeto de saber está atravesada de disputas. En este sentido, “toda conversación está llena de transmisiones e interpretaciones de palabras ajenas. En tales conversaciones existe, a cada paso, una cita o una referencia a una persona...” (Bajtin, 1991: 155). Pero esta palabra ajena que es introducida en un diálogo se ve modificada por el contexto en el que se le inscribe. La palabra cumple, sin duda, con una función ideológica importante al transmitir la espesura valorativa del mundo en el que emergen los agentes sociales. La conciencia del agente nace, dice Bajtin, en el universo de palabras ajenas que transportan las creencias, las representaciones, los preconceptos, los

16 “No consideramos el lenguaje como un sistema de categorías gramaticales abstractas, sino como un lenguaje *saturnado* ideológicamente, como una concepción del mundo, e, incluso como una opinión concreta que asegura un *maximun* de comprensión recíproca en todas las esferas de la vida ideológica” (Bajtin, 1991: 88-89) [énfasis de Bajtin]. La misma tesis está sostenida por Voloshinov (1976).

17 “La orientación dialogística de la palabra es, seguramente, un fenómeno propio de toda palabra. Es la orientación natural de toda palabra viva. En todas sus vías hacia el objeto, en todas sus orientaciones, la palabra se encuentra con la palabra ajena y no puede dejar de entrar en interacción viva, intensa, con ella” (Bajtin, 1991: 96).

valores, etc., con las cuales tiene el agente social que significar su mundo, sus prácticas, y hacer surgir sus pensamientos. Hay un esfuerzo, por parte del agente social, de hacer unas palabras propias y distinguir las ajenas, distinción que aparece de modo tardío (Bajtin, 1991: 161).

La palabra, entendida como un fenómeno social, atraviesa todas las prácticas sociales. No existe práctica que no sea pronunciada, articulada, representada, por tanto, significada. La palabra al formar parte del lenguaje contribuye a la unificación y centralización de un mundo político-social y cultural (Bajtin, 1991: 89), como también a su disidencia cuando dislocamos a la palabra en un proceso de desidentificación política, esto es, en un acto de subjetivación política que nos separa de un orden naturalizado<sup>18</sup>. La palabra al encontrarse siempre orientada, hacia otras palabras, está sumergida en un mundo de significaciones, de palabras ajenas, de valorizaciones y de puntos de vista. “Cada palabra tiene el aroma del contexto y de los contextos en los que ha vivido intensamente su vida desde el punto de vista social” (Bajtin, 1991: 110). Argumento que lleva a decir a Bajtin que la palabra es semiajena. Se convierte en propia cuando el agente social “la puebla con su intención, con su acento, cuando se apodera de ella y la inicia en su aspiración semántica expresiva” (1991: 110). Por tanto, la palabra al encontrarse envuelta en una atmósfera de significados previos potenciales sólo se realiza al ser pronunciados en la interacción dialógica por los agentes sociales.

Las palabras, ya lo hemos dicho, no son neutras sino que se encuentran inscritas en perspectivas muy concretas, por una lado, están cargadas de intenciones por parte de los agentes que las usan y de los contextos en los que se enuncian y, por otro lado, las palabras habitan, y están habitadas, por el régimen del pensamiento en el que se inscriben. Las palabras como los conceptos “no son elementos, no son átomos, como están cogidos en una sintaxis y un sistema, cada préstamo concreto arrastra hacia él toda la metafísica” (Derrida, 1989: 387), lo que hace necesario un trabajo de re-conceptualización de la palabra, o el concepto, para dotarle de una semántica específica en la configuración de un objeto del saber. Las palabras al encontrarse inscritas en las sintaxis de los enunciados objeti-

---

18 Al respecto se puede revisar, Rancière (2006).

van el mundo de lo visible y de lo decible, marcan la experiencia de lo sensible y significan situaciones de los agentes sociales<sup>19</sup>.

La palabra al encontrarse inscrita en un régimen de pensamiento específico funciona como un operador de visibilidad del objeto y del campo de intervención que hace posible. Pierre Bourdieu nos aporta elementos importantes para comprender, desde la sociología, la eficacia de las palabras en la instauración de un mundo y unas subjetividades sociales. Todas las palabras al contribuir a la nominación del mundo social contribuyen a estructurar la percepción que del mundo social se hacen los agentes (Bourdieu, 2001: 65). La visibilidad, como ya hemos mencionado, abre un mundo de percepciones y contribuye a construir la estructura del mundo que nombran. Las palabras no sólo están cargadas de significaciones potenciales, como sugiere Bajtin, sino que además adquieren significación y poder por los ritos de institución, como mecanismo social de regulación de los discursos, en los que son pronunciadas y al interior de los cuales adquieren legitimidad. Los ritos de institución son mecanismos de objetivación y de invención, como de naturalización, de la repartición de lo sensible, es decir, los ritos producen y afirman las divisiones del mundo social, “el rito *consagra* las diferencias, la instituye, instituyendo”<sup>20</sup> (Bourdieu, 2001:79) las diferencias, las clasificaciones, las jerarquías, etc.. Las palabras que se encuentran inscritas en un régimen de pensamiento,

---

19 Rancière al respecto menciona: “Los enunciados políticos o literarios tienen efecto sobre lo real. Definen modos de palabra o de acción, pero también regímenes de intensidad sensible. Trazan planos de lo visible, de las trayectorias entre lo visible y lo decible, relaciones entre modos del ser, modos del hacer y modos del decir. Definen variaciones de las intensidades sensibles, de las percepciones y capacidades de los cuerpos. Se apoderan así de los seres humanos corrientes, ahondan distancias, abren derivaciones, modifican las maneras, las velocidades y los trayectos que les permiten adherirse a una condición, reaccionan a situaciones, reconocen sus imágenes. Reconfiguran el mapa de lo sensible, mediante una difuminación de la funcionalidad de los gestos y los ritmos adaptados a los ciclos naturales de la producción, la reproducción y la sumisión. El hombre es un animal político porque es un animal literario, que se deja apartar de su destino ‘natural’ por el poder de las palabras. Esta literalidad es al mismo tiempo la condición y el efecto de la circulación de los enunciados literarios ‘propriadamente dichos’”. Rancière (2008).

20 “Instituir, asignar una esencia, una competencia, es imponer un derecho de ser que es un deber ser (o un deber de ser). Es *significar* a alguien a lo que es y significarle que tiene que conducirse consecuentemente a cómo se le ha significado. El indicativo es en este caso un imperativo [...] Instituir, dar una definición social, una identidad, es también imponer límites” (Bourdieu, 2001: 81) [énfasis del Bourdieu].

también son inscritas socialmente por medio de los ritos de institución. Las palabras, más aún los objetos del pensamiento, son litigiosos: los grupos sociales luchan por el monopolio de la visibilidad como lugar de la política y de la verdad<sup>21</sup>. Esto nos permite manifestar que un régimen de pensamiento es al mismo tiempo un mundo de prácticas sociales e institucionales, es una agenciamiento práctico, que Bourdieu lo define como campo intelectual.

La noción de campo intelectual permite una salida a las contraposiciones entre comprensiones textuales o contextuales de la obras culturales, de la lectura interna y formalista (como la de Skinner que busca la intención no dicha del autor) y de la lectura externa (como la del mismo Skinner que reduce la obra a un acto de habla que funciona como respuesta en un contexto lingüístico) o como expresión del grupo social, la etnia o la clase, al que pertenece el autor que lleva a cabo la objetivación de la conciencia en forma de obra o texto. Esta noción cuestiona el “mito del proyecto original”<sup>22</sup> que busca explicar la obra de un ‘autor’ desde la biografía, esto es otra manera de manifestar la prevaleciente noción de un sujeto soberano de la conciencia y, por tanto, de la creación como un acto de voluntad conciente, en el que no se considera la herencia acumulada del campo. En otras palabras, se cuestiona al mito del creador increado.

La noción de campo cultural e intelectual hace posible describir y comprender la producción de narrativas como un lugar de luchas y confrontaciones por la legitimidad, esto es la lucha por el monopolio de las instituciones de reconocimiento y consagración, por imponer un lenguaje conceptual como el lenguaje autorizado para hablar de los ‘objetos del saber’ en el interior del campo. Las luchas internas, “revisten inevitable-

---

21 “...luchas por el monopolio respecto al poder de hacer ver y hacer creer, hacer conocer y hacer reconocer, imponer la definición legítima de las divisiones del mundo social y, a través de esto, *de hacer y deshacer los grupos*: en efecto, lo que se ventila en esas luchas es la posibilidad de imponer una visión del mundo social a través de principios de visión...” (Bourdieu, 2001: 88).

22 “Pero con su teoría del proyecto original, Sartre pone de manifiesto uno de los presupuestos fundamentales del análisis literario bajo todas sus formas, el que está inscrito en las expresiones del lenguaje corriente, y muy particularmente en los ya, a partir de entonces, desde su más tierna infancia, que tanto gustan a los biógrafos: se considera que cada vida es un todo, un conjunto coherente y orientado, y que sólo cabe aprenderla como la expresión unitaria de un propósito, subjetivo y objetivo, que se revela en todas las experiencias, sobre todo las más remotas” Bourdieu (1995: 280).

mente, dice Bourdieu, las formas de conflictos de *definición* [...] la definición de la condiciones de la auténtica pertenencia al campo” (Bourdieu, 1995: 330-331) [énfasis del autor]. No se lucha sólo por el reconocimiento y la legitimación, sino también por construir un tipo de régimen de verdad, de principios de conocimiento. En este sentido, una obra cultural no puede ser valorada considerando las intenciones del autor o su estructura interna, sino el sentido que la obra adquiere está determinado por el campo. “El producto del *valor de la obra de arte* no es el artista sino el campo de producción como universo de ‘creencias’ que produce el valor de la obra como *fétiche* al producir la creencia en el poder creador del artista [...] la ciencia de las obras tendrá como objeto no sólo la producción material de la obra sino también la producción del valor de la obra o, lo que viene a ser lo mismo, de la creencia en el valor de la obra”<sup>23</sup> (Bourdieu, 1995: 339) [énfasis del autor].

El uso del concepto de campo posibilita describir la historia del pensamiento a partir del proceso social de la autonomización de los campos. Por tanto, los enunciados, como los textos y sus autores se encuentran situados en el interior del campo, lo que permite su lectura no desde nociones trascendentes, sino desde la historicidad del campo. Historicidad que está marcada por las luchas internas por el reconocimiento –tanto de las problemáticas, como de sus agentes–. Leer una obra, desde la perspectiva de la sociología histórico-cultural propuesta por Bourdieu, es situar la posición que la obra tiene al interior del campo en relación con la problemática, con la legitimidad y con la creencia prevaleciente. No se puede leer una obra al margen de la historia del campo. Sin embargo, la relación entre régimen de pensamiento y campo cultural e intelectual no es mecánica, sino polémica, ya que la emergencia de una nueva forma de saber, modifica la dinámica interna del campo y de sus horizontes de inteligibilidad.

La fundación de un objeto del saber, no sólo modifica el campo intelectual, sino que se presenta como una reestructuración del orden del

---

23 “Pero para comprender una obra, hay que comprender primero la producción, el campo de producción; la relación entre el campo en el cual ella se produce y el campo en el que la obra es recibida o, más precisamente, la relación entre las posiciones del autor y del lector en sus campos respectivos” (Bourdieu, 1998: 13).

saber. A este respecto Etienne Balibar plantea, desde una reconsideración del concepto de ‘ruptura epistemológica’, que éste es un acontecimiento plural: a. Tiene que ver con los fundamentos teóricos, es decir, los presupuestos universales de un saber específico; b. “En dirección a los campos” donde los conceptos pueden aplicarse, c. modifica el lenguaje y la escritura de una práctica, por tanto, tiene que ver con la manera en como se construyen los relatos, y finalmente, d. La articulación de los conceptos nuevos “con sus propias *técnicas* de producción y reproducción de los fenómenos” (Balibar, 1995: 76-77) [énfasis de Balibar]. La emergencia de un saber puede comprenderse como un acontecimiento discursivo que pone en entre dicho el umbral de historicidad del campo intelectual y como ruptura que implican una reestructuración completa en el orden del saber, de las problemáticas y de los conceptos<sup>24</sup>. La reestructuración implica la fundación de otras premisas y de otros conceptos. Un régimen de pensamiento es, por tanto, un orden de lo visible, de lo enunciable, un conjunto de normas y de prácticas sociales, institucionales y de identificación.

#### IV

En este apartado realizaremos un recorrido por algunas formulaciones de la historia intelectual. Con el ‘giro lingüístico’ (Routy, 1998) se produjo la renovación de la historia-de-las-ideas en las formulaciones elaboradas por la “Escuela de Cambridge” de historia intelectual, preocupada fundamentalmente por el significado pragmático de los textos. J. G. A. Pocock y Quentin Skinner son los representantes más destacados de esta escuela.

---

24 “La primera constatación es la siguiente: del mismo modo que la ruptura, la reestructuración se ocupa *de los conceptos* y no de las teorías. No es una “sustitución”, una *elección* teórica que viene detrás de otra; tampoco se trata de una refutación, ni de un perfeccionamiento, ni de una generalización. Es una aceptación del concepto, que se produce del único modo posible: a través del reconocimiento de las *condiciones* exactas de su validez. Por consiguiente, la reestructuración no anula la ruptura; no es, tampoco, otra ruptura, sino la finalización de la ruptura o, para decirlo mejor, un punto de no-retorno para su efecto de verdad. En el mismo momento en que critica los absolutos que están implicados en el reconocimiento inicial de la ruptura, pone fin a toda posibilidad de representarse al conocimiento científico, en un cierto campo, como una “verdad relativa”” (Balibar, 1995: 101) [énfasis del autor].

Skinner retoma la tradición anglosajona de la filosofía del lenguaje representada por las obras de Ludwig Wittgenstein y de Austin, especialmente este último, con su tesis de que las palabras también llevan a cabo acciones, o hechos, y no sólo producen significados. Skinner propone comprender los textos como actos-de-habla, al considerar insuficiente el detenerse en lo que el texto dice y advertir lo que un texto hace, las acciones que promueve. Para recuperar el significado de un texto, de unas proposiciones, en esta perspectiva, es necesario reconstruir el ‘contexto argumentativo’ en las que se insertan, para recuperar la intencionalidad del ‘autor’ del texto o de las proposiciones<sup>25</sup>. Las proposiciones, de este modo, son intervenciones textuales siempre inscritas en un contexto determinado de acciones comunicativas. Con esta premisa cuestiona uno de los enfoques de la teoría tradicional de las ideas que leen los textos al margen de los contextos históricos en que son producidos.

Al separar al texto de su contexto lingüístico, señala Skinner, con el supuesto afán de encontrar invariantes universales, se cae en varios “absurdos”, como considerar que los textos responden, de modo constante, a interrogantes universales. Skinner desmonta lo que denomina la ‘mitología de la prolepsis’ (2007: 136-147), esto es realizar la lectura de un texto desde una perspectiva teleológica, ‘retrospectiva’, en el que se busca encontrar ‘anticipaciones’<sup>26</sup>, ‘intuiciones’ o, caso contrario, encontrar los ‘errores’ o ‘vacíos’, en los textos considerados ‘clásicos’ en una rama del saber determinada. Lo que se propone Skinner es buscar lo que singulariza un texto en su contexto, no detenernos sólo en el significado de lo que dice, sino lo que “el autor quiso decir al decir lo que dijo” en el contexto argumentativo en el que emerge el texto. Esto es preocuparse por la intencionalidad que puso el autor en el texto, por lo que considera que una de las tareas del intérprete “es reponer las intenciones del autor *en la*

---

25 “En esencia, mi argumento es que deberíamos comenzar por elucidar el significado, y por ende, el contenido de la expresiones que nos interesan, y luego, fijarnos en el contexto argumentativo de su ocurrencia para determinar cómo ellos se conectan o se relacionan, exactamente, con otras expresiones asociadas con el mismo asunto. Si logramos identificar este contexto con suficiente exactitud, eventualmente tener la esperanza de interpretar lo que el hablante o el escritor que nos concierne estaba haciendo al decir lo que él o ella dijeron” (Skinner, 2007: 109).

26 Skinner nos da un ejemplo de este tipo de historia intelectual: W. T. Jones, sugiere en su obra *Machiavelli to Bentham*, que Maquiavelo “sienta las bases de Marx”, pp. 114-120.

escritura” (Skinner, 2007: 182). El contexto argumentativo para Skinner es el contexto intelectual hecho de debates, de confrontaciones entre autores y textos, hecho de lecturas y de debates acerca de esas lecturas. Su contextualismo radical al comprender al texto como un acto-de-habla, sólo puede considerar el aspecto pragmático de los debates, comprender lo que significa el texto en el momento en que se enuncia, en su funcionalidad, no la dimensión del régimen del pensamiento en el interior del cual se sitúa la emergencia de un objeto de pensamiento. En otras palabras, no hace posible la problematización de la aparición de los objetos del saber, como tampoco considera enunciados como en la arqueología foucaultiana.

Otra de las vertientes innovadoras en la historia intelectual es el trabajo llevado a cabo por Reinhart Koselleck<sup>27</sup> con la formulación de una teoría de la ‘historia conceptual’, ocupada de la temporalidad de los conceptos. A diferencia de la propuesta de Skinner, la historia conceptual no se reduce a la reconstrucción del contexto argumentativo para dar cuenta del significado de los textos o de las proposiciones. Esta propuesta parte de la noción gadameriana del lenguaje como una interpretación del mundo. Esto es, al estar situados en un lenguaje los agentes sociales se encuentran situados en una comprensión del mundo determinada, debido a que una comunidad comparte un ‘universo’ de conceptos, sin lo cuales sería impensable la unidad política o la conformación de una “comunidad imaginada”.

Una palabra se transforma en concepto, según Koselleck, al condensar una experiencia histórica que articula redes semánticas y que puede dar paso a una generalidad. En este sentido, el lenguaje se convierte en un acceso privilegiado en la objetivación de un campo de fuerzas socio-político determinado, en la medida en que los significados de los conceptos

---

27 Una de las filiaciones en la que se localiza la reflexión de la historia conceptual, llevada a cabo por Koselleck, es la obra de Hans G. Gadamer. Gadamer reconoce que la filosofía produce y trabaja con conceptos y de la necesidad de hacer la historia de los conceptos, para hacer posible una mayor legibilidad de los problemas tratados por la filosofía. Los conceptos, que son una creación filosófica, emergen del habla cotidiana donde el lenguaje, vehículo y expresión de una interpretación del mundo, es, sin duda, un producto y un resultado de la experiencia. La importancia de conocer lo que dicen las palabras-conceptos radica en conocer que pensamientos se movilizan en ellas. Esto hace necesaria la historia conceptual. Al respecto, Gadamer (1992: 81- 93).

también forman parte de la lucha política. En esta perspectiva la relación entre conceptos y sociedad es una relación de tensión que también caracterizarían a las distintas ciencias, en especial a la historiografía (Koselleck, 1993: 106; 2004). La emergencia de los conceptos hacen posible la comprensión de los acontecimientos políticos-sociales y su interpretación; en otros términos, los conceptos emergen de las luchas políticas sociales, “la lucha semántica por definir posiciones políticas o sociales y en virtud de esas definiciones mantener el orden o imponerlo...” (Koselleck, 1993: 111). Los conceptos se convierten de este modo en indicadores de relaciones de fuerza. Se lucha por el significado de los acontecimientos como vehículo de la legitimidad de los grupos y agentes sociales involucrados.

El concepto posee un doble rostro para Koselleck: es índice y factor. Como índice tiene la capacidad de dar a conocer los procesos y acontecimientos sociopolíticos, y como factor, contribuye a transformar las acciones de los “sujetos”, su comprensión del acontecimiento, y el horizonte de expectativas. El concepto, en este sentido, condensa un momento del campo social. Los cambios semánticos de los conceptos están dados fundamentalmente por la acción de los agentes sociales, que desplazan permanentemente sus significados. Por tanto, ni hay quietud en los conceptos, ni existe una definición última. Según Koselleck, la relación entre índice y factor en un concepto muestra la elaboración de ideales metahistóricos. Ideales que surgen del campo de fuerza socio-político, del enfrentamiento de las fuerzas sociales y políticas, es decir, el devenir se percibe con una disponibilidad limitada para las acciones y significados que elaboran los agentes sociales acerca de sus acciones y de su mundo.

La premisa de la historia conceptual es una teoría de las estructuras del tiempo histórico. Koselleck plantea la necesidad de operar con dos categorías históricas: espacio de experiencia y horizonte de expectativa. Ambas categorías en su complementariedad, conflicto y yuxtaposición contribuyen a definir el tiempo histórico. No es posible que se de una historia concreta por fuera de estos marcos categoriales. Los conceptos de espacio de experiencia y horizontes de expectativas tematizan la relación entre pasado y futuro, “la experiencia y la expectativa son dos categorías adecuadas para tematizar el tiempo histórico por entrecruzar el pasado y el futuro” (Koselleck, 1993: 337). Ambas categorías contribuyen a deducir

un tiempo histórico, entre otras razones, porque “el futuro histórico no se puede derivar por completo a partir del pasado histórico” (1993: 341). El espacio de experiencia se encuentra directamente relacionado con el pasado sedimentado en un concepto, pero es un pasado activo, un pasado-presente; el concepto aún regula prácticas sociales o legitima instituciones. Los “sujetos”, sin embargo, no se encuentran encerrados en un campo de condicionamientos, tienen la posibilidad de la acción. Esta posibilidad va a ser condensada en el concepto de horizonte de expectativas, como un futuro-presente abierto y determinado por la acción de los agentes sociales.

La modernidad se caracteriza, según Koselleck, por la marcada diferencia, creciente en cada momento, entre el espacio de experiencia y el horizonte de expectativas. Esta brecha es el efecto de la aceleración en los acontecimientos y de la vida cotidiana determinada por el desarrollo de la ciencia, tecnología, la industria y el consumo. De este modo, la idea del tiempo como un dato lineal, homogéneo y abstracto se esfuma para dar paso a una noción distinta de la temporalidad donde se entremezclan el tiempo lineal con el tiempo recurrente. “...toda secuencia histórica contiene tanto elementos lineales como elementos recurrentes” (Koselleck, 2001: 35). Koselleck plantea la noción de “estratos del tiempo” con la finalidad de superar la oposición entre tiempo lineal y tiempo circular, para percibir la coexistencia de distintas aceleraciones y velocidades en los procesos, de múltiples temporalidades.

Las perspectivas de Skinner y de Koselleck han generado una manera distinta de hacer historia intelectual. Por una parte, han reconocido la importancia de la dimensión pragmática de los argumentos, en la relación del texto con el contexto y, en segundo lugar, el reconocimiento de los ‘textos’ como construcciones discursivas contingentes. Sin embargo, ambas perspectivas son deudoras de la filosofía del sujeto soberano de la conciencia, al presuponer la intencionalidad en los agentes sociales, esto es que son conscientes de sus acciones y de sus ideas y, eventualmente, que pueden modificar sus ideas a voluntad.

Otra de las propuestas para la renovación de la historia intelectual es la formulada por Dominick LaCapra en *Repensar la historia intelectual y leer textos* (1998: 237-293). Plantea que los textos son ‘sucesos en la his-

toria del lenguaje' y que es posible mantener un diálogo con ellos, en forma de una conversación con el pasado<sup>28</sup>, reconociendo que la lectura es una nueva interpretación. La historia intelectual trabaja con textos, esto es reconoce que el mundo social es constantemente textualizado<sup>29</sup> por parte de los agentes sociales de diversas maneras en cada una de las prácticas sociales. Por tanto, en la historia intelectual trabaja con "textualidades del pasado", con aquello que Ricoeur llamó "memoria archivada"<sup>30</sup> (2003:191-239). LaCapra considera que la historia intelectual se ha reducido a un enfoque "documentario de la lectura de textos"<sup>31</sup> e insiste en la interpretación, reconociendo el anclaje de las problemáticas del presente desde donde se leen los textos. Propone comprender la historia intelectual como historia de textos, considerando los distintos contextos de lectura e interpretación.

Los contextos de lectura e interpretación indicados por LaCapra son las siguientes: Primera, la relación entre las intenciones del autor y el texto. Esta lectura se propone buscar la intencionalidad del autor que subyace en el texto; sin embargo, esta lectura es en exceso limitada y llena de 'suposiciones' del lector, ya que no podemos conocer las intenciones del autor, e inclusive muchas de las 'intenciones' se le escapan al autor mismo. En muchas ocasiones, reconoce LaCapra, la "intencionalidad" es puesta en el texto posteriormente, en el acto de lectura<sup>32</sup>.

Segunda, la relación entre vida del autor y el texto: busca comprender un texto a partir de la vida de un autor, esta estrategia presenta las mismas dificultades de la lectura centrada en la intencionalidad. Esto signifi-

---

28 "...un texto es una red de resistencias, y un diálogo es un asunto bilateral; un buen lector es también un oyente atento y paciente" (LaCapra, 1998: 285).

29 "En términos más generales, la noción de textualidad sirve para hacer menos dogmático el concepto de realidad al apuntar al hecho de que uno está 'siempre ya' envuelto en problemas de uso del lenguaje en la medida en que intenta obtener una perspectiva crítica sobre ellos, y plantea la cuestión tanto de las posibilidades como de los límites del significado" (LaCapra, 1998: 241).

30 El Archivo nos relaciona unos documentos con un lugar, que no es sólo 'físico', sino epistemológico. Nos impone un orden de clasificación de los documentos, testimonios, etc.

31 LaCapra distingue entre 'aspecto documentario' y 'ser-obra' de un texto. Por el primero comprende a la lectura literal, y el segundo lo inscribe en el horizonte histórico-discursivo de un momento.

32 "La idea de que la intención autoral constituye el criterio último para llegar a una interpretación válida del texto está motivada, creo, por suposiciones morales, legales y científicas excesivamente estrechas" LaCapra, 1998: 254).

ca, entre otros equívocos, el ‘olvido’ de una “obra” opera al interior de un campo cultural o en la complejidad de una formación discursiva.

Tercera, la relación de la sociedad con los textos. LaCapra propone acoger las formulaciones desarrolladas por M. Foucault, especialmente su noción de prácticas discursiva y lo se busca en esta estrategia son los efectos de lectura de los textos, no su “originalidad”, es decir, los diversos usos y lecturas por los cuales los textos han atravesado<sup>33</sup>, de modo que la historia intelectual no sólo lee textos, sino que persigue –reconstruye– las distintas interpretaciones y apropiaciones del texto.

Cuarto, la relación de la cultura con los textos. Propone considerar la circulación por la cual un texto atraviesa en el campo cultural, esto exige preguntarse por los funcionamientos que un texto puede tener, como la de apuntalar normas y valores, o de promover disidencias. Lo que le lleva a plantear que la historia intelectual es, a la vez, la historia de los intelectuales<sup>34</sup>.

Quinto, la relación de un texto con el corpus de un escritor. Esta estrategia se relaciona directamente con el contexto textual desde el cual se interpreta la producción de un ‘autor’, ya sea en términos de continuidad, por tanto desarrollo lineal, o discontinuidad, cambio o ruptura epistemológica en las distintas etapas de escritura; y, “síntesis dialéctica”, los distintos momentos son considerados como un crecimiento hasta alcanzar la coherencia de un sistema de pensamiento.

Sexto, la relación entre los modos del discurso y los textos. Se trata de situar la relación de complicidad, de complementariedad y de inscripción que un texto tiene con las modalidades del discurso, esto es, su inscripción en formas de producción de estructuras formales, enunciativas, en convenciones y en reglas. White señaló el uso de tropos en la composición de la narración y de la intriga que son comunes en la ciencia y la fic-

---

33 “Cualquier texto llega a nosotros cargado y hasta abrumado de interpretaciones con las cuales estamos consciente o inconscientemente en deuda, La canonización misma es un procedimiento no sólo de selección sino de interpretación selectiva, a menudo orientada hacia la domesticación” (LaCapra, 1998: 264).

34 “De allí que la historia intelectual deba ser una historia de intelectuales, de las comunidades de discurso en las que éstos funcionan y de las variadas relaciones –oscilantes, de una manera a menudo complicada, entre el aislamiento y la apertura– que manifiestan con respecto a la cultura en general” (LaCapra, 1998: 269).

ción<sup>35</sup>. Podemos decir, que se trata de incluir un texto en un orden del discurso (Foucault, 1999b) específico, que impone su campo de lo decible y de lo visible, sus reglas de enunciación de la verdad y sus modos de circulación pero atendiendo a su dimensión retórica.

La propuesta de LaCapra reconoce la compleja relación que mantienen los textos con sus contextos, entendido como una práctica significativa, y la singularidad de la lectura como acontecimiento discursivo siempre orientado desde las preocupaciones del ‘presente’. Esto es, desde la problemática prevalente en el campo intelectual, sin por ello desconocer la alteridad en la que se funda un texto, el ser las huellas de ‘voces’ del pasado (Dosse, 2004: 28). La preocupación de LaCapra es, fundamentalmente, de orden metodológico: escapar del monolingüismo como del ‘presentismo’ en la lectura de los textos.

En América Latina la renovación de la historia intelectual se encuentra representada por Elías José Palti con su propuesta de la historia de los lenguajes políticos. En sus trabajos sobre los conceptos políticos-sociales del siglo XIX latinoamericano (Palti, 2007) o la invención de la legitimidad en el México del siglo XIX (Palti, 2005), se inscribe en la propuesta de Koselleck, enriquecido por los aportes del “postestructuralismo”. La lectura que nos propone Palti es una crítica a los supuestos historicistas de la historia tradicional de las ideas latinoamericanas, representado en el ámbito latinoamericano por los trabajos de Leopoldo Zea y Francois-Xavier Guerra (Guerra, 2000). Critica a Zea su modelo de historia-de-las-ideas basado en el esquema de modelo/desviación o original/derivación, donde lo relevante es situar las refracciones que sufren las ideas europeas cuando ‘fueron trasplantadas’ en el ámbito latinoamericano<sup>36</sup>, que se sostiene en

---

35 Hayden White planteó un desafío a la manera de concebir la historia intelectual. Consideró que la ficción y la ciencia son próximas, del mismo modo que lo hace Paul Ricoeur en *Tiempo y narración...*(2004). Enfatizó en el carácter narrativo de la historia y en el uso de los tropos del lenguaje, con los cuales el historiador, al igual que la literatura, produce artefactos literarios. Su afirmación que el discurso histórico está compuesta por figuras del lenguaje es un aporte importante. No existe un discurso sin que esté inserto en un uso tropológico, como la ironía, la metáfora, la metonimia y la sinécdoque. En definitiva, su mérito, al igual que Ricoeur consiste en demostrar que narrar es ya explicar.

36 “el esquema de ‘modelos’ y ‘desviaciones’ pronto pasó a formar parte del sentido común de los historiadores de ideas latinoamericanas, y ello ocultaría el hecho de que la búsqueda de las ‘refracciones locales’ no es un objeto natural, sino el resultado de un esfuerzo teórico que respondió a condiciones históricas y epistemológicas precisas” (Palti, 2007: 26).

una inscripción en conceptos teleológicos y ontológicos, una de las cuales es encontrar las ideas del ‘mundo europeo’ en América y distinguirlas por las aplicaciones que se hicieron de ellas. La ‘originalidad’ latinoamericana radicaba, en esta perspectiva, en la aplicación, no en el aporte a las ideas universales identificadas con las categorías modernas europeas.

La historia-de-las-ideas tradicional ha puesto énfasis principalmente en un aspecto del lenguaje: el referencial<sup>37</sup>. Las ideas se explicaban a partir de su “afuera”, es decir, el llamado “contexto externo”<sup>38</sup> de un texto, esto es la economía, las luchas sociales, los conflictos regionales, etc. En otras palabras, el pensamiento es considerado como algo denotado desde fuera, las ‘ideas’ como ‘representaciones’ de la realidad. Palti hace suyas algunas tesis del ‘postestructuralismo’ respecto al lenguaje: el lenguaje contribuye a instituir la realidad al nombrarla, la producción de enunciados es una práctica discursiva, con el fin de evitar las trampas de reducir el lenguaje a ser la “expresión” de un sujeto fundante, o la “expresión” de una realidad histórico-social. El ‘contexto’, de este modo, no está localizado por fuera de los discursos, sino que es un componente del discurso, es como dice Foucault, una práctica discursiva.

La historia de los lenguajes políticos parte del reconocimiento de la contingencia de las premisas de los discursos, es decir, hacer la historia no centrada en los contenidos de los discursos para ocuparse de las problemáticas que articulan los debates políticos. Se busca analizar cómo se fueron estructurando los lenguajes políticos a lo largo de un determinado período de tiempo<sup>39</sup>, esto es reconstruir las trayectorias donde se definen y

---

37 “Si enfocamos nuestro análisis exclusivamente en la dimensión referencial de los discursos (las ‘ideas’, no hay modo de hallar las marcas lingüísticas de las transformaciones en su contexto de enunciación” (Palti, 2007: 43). “...reduce el lenguaje a su función exclusivamente referencial, ignorando aquella dimensión *pragmática* que le es inherente; esto es, la comprensión de los textos como *acciones simbólicas*, actos de habla siempre incrustados en contextos pragmáticos específicos de enunciación...” (Palti, 2005: 36) [énfasis de Palti].

38 “El ‘contexto’ aparece aquí sólo como una especie de escenario exterior para el despliegue de las ideas (que conforman el ‘texto’). Entre uno y otro nivel no hay aún verdadera interpenetración... la raíz última de ello se encuentra en una perspectiva lingüística inherente a la historia de las ‘ideas’, que reduce el lenguaje a su función puramente referencial. Es ésta la que provee los fundamentos para la distinción entre ‘ideas’ y ‘realidades’ en las que el problema de ‘ideas fuera de lugar’ se sostiene” (Palti, 2007: 292).

39 “solo tomadas en su conjunto, en el juego de sus interrelaciones y desfasajes recíprocos, habrán en fin, de revelárenos la naturaleza y el sentido de las profundas mutaciones ocurridas [de los lenguajes políticos]...” (Palti, 2007: 17).

se redefinen los lenguajes políticos, los distintos contextos de enunciación, como el campo de fuerzas que los ha hecho posible<sup>40</sup>. Los enunciados producidos por los lenguajes políticos son considerados por Palti como “actos de habla”, es decir, se apega a la dimensión pragmática performativa del lenguaje, cuyo contexto de articulación no es el contexto argumentativo, como lo definiría Skinner, sino las problemáticas del debate público-político.

## V

Hemos sugerido que hacer la historia del pensamiento es ocuparse de la emergencia, de la estructura, de la dinámicas interna y de la mutación de los campos de visibilidad e inteligibilidad. En esta historia lo que interesa son las reglas constitutivas de los saberes, sus objetos y sus maneras de narrar y escribir, como ha mostrado Rancière a propósito de la escuela de ‘los annales’ en la escritura lo que se cuenta no son las voces de la conciencia sino la de la ‘larga duración’<sup>41</sup>. En este sentido, es una crítica a la historia intelectual que sostiene la intencionalidad en los textos y la conciencia de los agentes, como el caso de Koselleck o de Skinner. Posición

40 “El enfoque centrado en los *lenguajes políticos* abre las puertas para un replanteamiento global del sentido y objetivo de la disciplina, quebrado así todo el esquema de ‘modelos’ y ‘desviaciones’: dicho enfoque se orienta, básicamente, a tratar de comprender cómo las condiciones de enunciación de los discursos vienen a inscribirse en los propios textos y pasan a formar parte integral de su *sentido*; reconstruir a partir del juego de los usos públicos del lenguaje, el vocabulario de base que delimita, en cada caso, el rango de lo decible y pensable... Y, fundamentalmente, cómo dichas condiciones se modifican históricamente; esto es, analizar los procesos y mecanismos, siempre sumamente intrincados, por los cuales el conjunto de supuestos básicos que sostienen los discursos públicos se ven minados y, llegado el caso, se trastocan, tornando posibles y relevantes aquellas afirmaciones en un principio interdictas o simplemente ininteligibles” (Palti, 2005: 37-38).

41 La escritura de la historia de Braudel es el lugar donde se evidencia el desplazamiento de la historia de los acontecimientos a la historia de la larga duración, “...un desplazamiento de la historia de los reyes a la del mar, entendiendo con ello la historia de los espacios de civilización, de las largas duraciones de la vida de las masas y de las dinámicas del desenvolvimiento económico” (Rancière, 1993: 21). “Marca la absorción del sistema de relato, característica de la vieja historia, por el del discurso a través del cual puede convertirse en una ciencia; pero también enfatiza, inversamente, la puesta en relato de las categorías del discurso, sin lo cual la nueva ciencia ya no sería más una historia” (1993: 25).

que se expresa con claridad en la sugerencia formulada por este último: “la consideración lógica pertinente es que en definitiva no puede decirse que ningún agente haya pretendido o hecho algo que nunca podía verse en la necesidad de aceptar como una descripción correcta de lo que había pretendido o hecho” (Skinner, 2007: 146). Descuidando de hecho, en su preocupación pragmática de reconstruir el contexto argumental, aquello que da forma a las proposiciones y textos, las problemáticas en la que éstas se inscriben; se ‘descuida’ la singularidad del campo de producción cultural. Este ‘descuido’ hace que se busque en el ‘sujeto’, o en la tradición, el principio de unidad y coherencia de los discursos. Sin comprender que éste, el discurso, es una práctica social que obedece a reglas, que posee sus técnicas y se inscribe en determinadas configuraciones, por lo que no busca la intencionalidad, ni el deseo de los ‘autores’ de los textos o las proposiciones.

La historia del pensamiento, como producción de narrativas, al ser la historia de la visibilidad es, al mismo tiempo, la historia de las instituciones del saber y de sus prácticas intelectuales, de sus modos de operar el conocimiento y de sus “maneras de hacer”<sup>42</sup>. Considera el orden del discurso<sup>43</sup>, no como la objetivación de una conciencia, sino como un lugar de la exterioridad regulado por procedimientos, sin recurrir a nociones ‘suprahistóricas’ o teleológicas. Es la historia de las prácticas del saber, como dice De Certeau: “Estas prácticas están especificadas por unos protocolos; tienen ‘recorridos’ propios; se caracterizan por formalidades o ‘estilos’...[en definitiva en] las ‘maneras’ de practicar el poder tal como se presentan en el campo de las actividades llamadas ‘intelectuales’” (1995: 47).

Estas instituciones del saber son al mismo tiempo un principio epistemológico y un principio institucional. Epistemológico, impone lo que

---

42 “A ella le conciernen las *prácticas intelectuales* en tanto que se inscriben en la red de las mil *maneras de ejercer el poder*. Así pues, el objeto cambia: no apunta más a los actores, sino a las acciones; tampoco a los personajes cuya silueta se destacaba sobre el fondo de una sociedad, sino a las ‘operaciones’ que, en un movimiento browniano, tejen y componen el fondo del cuadro” (De Certeau, 1995: 46-47).

43 La hipótesis de Foucault expuesta en el orden del discurso, “en toda sociedad la producción del discurso está a su vez controlada, seleccionada y redistribuida por un cierto número de procedimientos que tiene por función conjurar sus poderes y peligros, dominar el acontecimiento aleatorio y esquivar su pesada y temible materialidad” (Foucault, 1999b: 14).

hay que ver y decir<sup>44</sup>; institucional, determina las reglas profesionales del oficio y los reglas del reconocimiento titular. En este sentido, una institución del saber fabrica las redes institucionales, sociales y políticas, por donde circula sus producciones; saber que opera como un vehículo de la legitimidad de la institución<sup>45</sup>, por tanto, los textos que circulan son el producto de un lugar<sup>46</sup> que posee una triple dimensión: epistemológico, institucional y político. No existe un 'texto' que no esté inscrito, o se inscriba, en un lugar. Un 'axioma' propuesto por Derrida es el siguiente: nada existe por fuera del texto. Esto no quiere decir que no exista la realidad material, el mundo por fuera de la conciencia y la piel de los individuos. Lo que quiere decir, de modo radical, es el carácter siempre lingüístico, textual, de la apropiación y producción de sentido del mundo. La apropiación del mundo es textual. Producción, además, situada en las instituciones del saber. Aquello que permite esta afirmación es una concepción del lenguaje que niega cualquier instrumentalidad al reconocer su carácter performático, esto es, instituyente de realidades por el hecho de nombrarlas, pero cuya concreción atraviesa el campo de las prácticas. Por tanto, no existe texto que no se inscriba e inscriba una problemática de pensamiento, que abra un campo de visibilidad.

---

44 "...consiste en dictar interminablemente, a nombre de lo 'real', lo que hay que decir, lo que hay que creer y lo que hay que hacer" (De Certeau, 1995: 58).

45 "La institución no sólo da una base social a una 'doctrina'. La posibilita y la determina subrepticamente" (De Certeau, 1978: 22).

46 "el texto ya confiesa su relación con la institución" (De Certeau, 1978: 25).

## Bibliografía

- Althusser, Louis (1988). *La revolución teórica de Marx*. México: Siglo XXI.
- Bajtín, Mijail (1991). *Teoría y estética de la novela*. Madrid: Taurus.
- Balibar, Etienne (1995). *Nombres y lugares de la verdad*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Blanchot, Maurice (1969). *El diálogo inconcluso*. Caracas: Monte Ávila.
- Bourdieu, Pierre (1995). *Las reglas del arte, Génesis y estructura del campo literario*, Barcelona, Anagrama.
- (1998). “¿Qué es hacer hablar a un autor?” *Capital cultural, escuela y espacio social*, México: Siglo XXI.
- (2001). *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*. Madrid: Akal.
- Braudel, Fernand (1980). *La historia y las ciencias sociales*. Madrid: Alianza.
- Chartier, Roger (2002) “La invención del autor”. En *Entre el poder y el placer, cultura escrita y literatura en la edad moderna*. Madrid: Cátedra.
- De Certeau, Michel (1978). “La operación histórica”. En *Hacer la historia*, Jacques Le Goff, Pierre Nora. Barcelona: Editorial Laia.
- (1995). *Historia y psicoanálisis entre ciencia y ficción*. México: Universidad Iberoamericana.
- Deleuze, Gilles, (1998). *Foucault*. Barcelona: Paidós.
- Derrida, Jacques (1989). “La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas”. En *La escritura y la diferencia*. Barcelona: Anthropos.
- (2003). *De la Gramatología*. México: Siglo XXI.
- Derrida, Jacques, Élisabeth Roudinesco (2003). *Y mañana qué...* Buenos Aires: FCE.
- Dosse, Francois (2004). La historia intelectual después del linguistic turn. *Historia y Grafía 23*. Revista semestral del Departamento de Historia, Universidad Iberoamericana. México.
- Foucault, Michel (1985). *Las palabras y las cosas, una arqueología de las ciencias humanas*. México: Siglo XXI.
- (1995). *Nietzsche, Freud, Marx*. Buenos Aires: Ediciones El cielo por Asalto.

- (1999a). “¿Qué es un autor?”. En *Entre filosofía y literatura. Obras esenciales, volumen 1*. Barcelona: Paidós.
- (1999b). *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets.
- (2000). *Nietzsche. La genealogía, la historia*. Valencia: Pretextos.
- (2002). *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2006). *Seguridad, territorio, población. Curso en el Collage de France (1977-1978)*. México: FCE.
- Gabilondo Ángel (1990). *El discurso en acción. Foucault y una ontología del presente*. Barcelona: Anthropos.
- Gadamer, Hans-Georg (1992). *Verdad y método II*. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Guerra, Francois-Xavier (2000). *Modernidad e independencia, ensayo sobre las revoluciones hispánicas*. México: FCE.
- Koselleck, Reinhart (1993). *Futuro pasado, para una semántica de los tiempos históricos*. Madrid: Paidós.
- (2001). *Los estratos de tiempo: estudios sobre la historia*. Barcelona: Paidós
- (2004). *Historia/Historia*, Madrid, Paidós.
- LaCapra, Dominick (1998). “Repensar la historia intelectual y leer textos”. En *Giro lingüístico e historia intelectual*, José Elías Palti. Buenos Aires: Universidad de Quilmes.
- Palti, Elías José (1998). *Giro lingüístico e historia intelectual*. Buenos Aires: Universidad de Quilmes.
- (2005). *La invención de una legitimidad, razón y retórica en el pensamiento mexicano del siglo XIX (un estudio sobre las formas del discurso político)*. México: FCE.
- (2007). *El tiempo de la política, el siglo XIX reconsiderado*. México: Siglo XXI.
- Rancière, Jacques (1993). *Los nombres de la historia, una poética del saber*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- (1996). *El desacuerdo, filosofía y política*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- (2005). *El inconsciente estético*. Buenos Aires: Del estante editorial.

- (2006). “Diez tesis sobre la política”. En *Policía, política y democracia*. Santiago de Chile: LOM.
- Ricoeur, Paúl (2003). *La memoria, la historia y el olvido*. Madrid: Trotta.
- (2004). *Tiempo y narración, configuración del tiempo en el relato histórico*, Tomo I. México: Siglo XXI.
- Rorty, Richard, (1998) *El giro lingüístico*, Barcelona, Paidós.
- Skinner, Quentin (2007). “Significado y comprensión en la historia de las ideas”. En *Lenguaje política e historia*. Buenos Aires: Universidad de Quilmes.
- Voloshinov, Valentín, N. (1976). *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- White, Hayden (1992). *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Barcelona: Paidós.
- (1996). “Prólogo a Rancière”. En *Historia y Grafía*. UIA, número 6.